

Amos de títeres

Robert A. Heinlein

Traducción:  
David Luque Cantos



## Libros publicados de Robert A. Heinlein

1. Estrella doble
2. Puerta al verano
3. La Luna es una cruel amante
4. Tiempo para amar
5. El granjero de las estrellas
6. Amos de títeres

Título original: *The Puppet Masters*  
Primera edición

© 1951, Robert A. Heinlein.

Ilustración de cubierta: Dominic Harman via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)  
[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-542-4 Depósito legal: B-616-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.  
Energía,11-27  
08850 Gavà (Barcelona)  
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

¿Eran realmente inteligentes? Me estoy refiriendo a una inteligencia propia, por supuesto. No lo sé, e ignoro si podremos averiguarlo algún día. No soy científico, soy un hombre de acción.

Es evidente que los soviéticos no han inventado nada. Se limitaron a adoptar la idea comunista del poder por el poder y la extendieron, deshaciéndose del «pútrido sentimentalismo liberal», tal como lo denominaban los comisarios. Por otro lado, su comportamiento hacia los animales era considerablemente más salvaje.

Se hacía extraño no ver perros en las ciudades. Cuando volvamos a confiar en ellos, unos cuantos millones de canes clamarán venganza. Y otros tantos gatos. Por lo que a mí respecta, uno en concreto.

Si no eran realmente inteligentes, confío en que jamás tengamos que enfrentarnos a algo inteligente remotamente parecido a ellos. Sé quién perdería. Yo. Vosotros. Toda la raza humana.

Para mí todo comenzó demasiado pronto, el 12 de julio de 2007, cuando mi teléfono vibró dentro de mi cabeza a una frecuencia tal que casi me revienta el cráneo. Me palpé la ropa a tientas, buscando el botón para acallarlo, pero entonces recordé que me había dejado el dispositivo en la chaqueta, al otro lado de la estancia.

—De acuerdo —grité—. Te escucho, deja de armar tanto escándalo.

—Llamada de emergencia —dijo una voz en mi oído—. Preséntese inmediatamente.

Le dije explícitamente lo que podría hacer con su emergencia:

—Tengo un permiso de setenta y dos horas.

—Preséntese ante el Viejo, enseguida —insistió la voz.

Eso lo cambiaba todo.

—Voy para allá —confirmé, y me senté en la cama, tembloroso. Sentía una fuerte tensión detrás de los ojos. Al girar la cabeza me encontré de frente con una rubia. Ella también estaba sentada, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó.

La miré, recordando no sin esfuerzo que la había visto con anterioridad.

—¿Yo? ¿Hablando? —repliqué evasivo, al tiempo que intentaba pensar una buena excusa. Entonces, a medida que me fui despabilando un poco, llegué a la conclusión de que no hacía falta que fuera una excusa excesivamente buena, ya que no había forma de que ella hubiera escuchado la otra mitad de la conversación. Los teléfonos que usamos en mi sección no son del tipo estándar. El transmisor de audio estaba implantado quirúrgicamente bajo la piel de mi oído izquierdo, los huesos desempeñaban la función de conducir el sonido—. Lo siento, nena —reaccioné—, estaba teniendo una pesadilla. A menudo hablo en sueños.

—¿Seguro que estás bien?

—Ahora que estoy despierto sí, estoy bien —la tranquilicé, tambaleándome un poco al levantarme—. Anda, sigue durmiendo.

—Bueno, *uh...* —musitó. Tardó poco en volver a dormirse, su respiración se tornó rítmica y pausada casi al instante. Entré en el baño, me inyecté en el brazo un cuarto de gramo de Gyro, y acto seguido dejé al vibrador masajearme todo el cuerpo durante tres minutos mientras la droga me recomponía un poco. Al terminar, volví a ser un hombre nuevo, o al menos un sucedáneo decente. La rubia roncaba suave y plácidamente.

Dejé a mi subconsciente echar un poco la vista atrás, y recordé, no sin cierto remordimiento, que no le debía nada a aquella chica. Así que allí la dejé, no había nada en el apartamento que pudiera delatarme ni revelara mi identidad.

Entré en las oficinas de la sección por los baños de la estación MacArthur. Nuestras oficinas no aparecen en las páginas amarillas. De hecho, no existen. Probablemente, yo tampoco. Todo es una ilusión. Otra de las rutas de entrada se halla en una destartalada tienda llamada

Sellos y Monedas Raras. No intenten tampoco ir allí, lo único que conseguirán es que traten de venderle un sello de dos peniques.

De hecho, no intenten nada. Les he dicho que no existimos, ¿acaso no me han oído?

Ni siquiera el jefe de Estado conoce el nivel de calidad de su servicio secreto de inteligencia. Lo averiguará solo en el peor de los supuestos, es decir, cuando falle. Ahí está la razón de ser de nuestra sección. Somos la red protectora, el sustento invisible del país. En las Naciones Unidas jamás han oído hablar de nosotros. Ni siquiera en la CIA, o al menos eso creo.

De lo único que yo realmente tenía conocimiento era del entrenamiento al que fui sometido y de las misiones que me encargaba el Viejo. Algunas de esas misiones eran interesantes; si no te importa dónde dormir, qué comer o cuánto te queda de vida. He pasado unos tres años al otro lado del telón de acero, entre unas misiones y otras. Puedo beber vodka sin pestañear y hablar ruso por los codos, además de cantonés, kurdo y alguna otra lengua cacofónica. Puedo proclamar, con conocimiento de causa, que no tienen nada al otro lado del telón que no sea más grande y mejor en Paducah, Kentucky. En cualquier caso, la mía no deja de ser una buena forma de ganarse la vida.

Si fuera un hombre con sentido común lo hubiera dejado para buscarme un trabajo simple y corriente.

El único inconveniente sería que dejaría de trabajar para el Viejo. Eso marcaba la diferencia.

Y no es que fuera un jefe blando.

«Chicos, necesito que fertilicéis ese roble. Meteos en esa zanja de su base para que os entierre debajo», era muy capaz de decir.

Lo hubiéramos hecho. Cualquiera de nosotros.

Y el Viejo nos hubiera enterrado vivos sin dudar, le bastaría con pensar que había un cincuenta y tres por cien de posibilidades de que esa acción repercutiría positivamente en la defensa de la libertad del país.

Cuando entré en su despacho, se levantó y se acercó a mí cojeando. Me pregunté de nuevo por qué no se arreglaba esa pierna. Conociéndolo, deduzco que era puro orgullo. Debió de haber conseguido esa cojera de una manera heroica, conservarla era un recuerdo constante de ello. No dejaba de ser una mera suposición mía, nunca tendría forma de saberlo

a ciencia cierta. Una persona en la posición del Viejo disfruta de su orgullo en secreto, su profesión no le permite ningún tipo de reconocimiento público.

Su cara se partió en una sonrisa malvada. El gran cráneo calvo y la fuerte nariz romana le daban el aspecto de un cruce entre el mismísimo Satán y una marioneta antigua.

—Bienvenido, Sam —dijo—. Siento haberte sacado de la cama.

*¡Y una mierda que lo sentía!*

—Estaba de permiso —fue mi breve respuesta. Se trataba del Viejo, pero un permiso era un permiso, y no es que me sobraran precisamente.

—No te preocupes, sigues estándolo —me respondió—. Vamos a irnos de vacaciones.

No me creí eso de las «vacaciones», no me tragué el anzuelo.

—Entonces mi nombre es Sam —repliqué—, ¿cuál es mi apellido?

—Cavanaugh. Y yo soy tu tío Charlie. Charles M. Cavanaugh, jubilado. Te presento a tu hermana, Mary.

Ya me había percatado de la presencia de otra persona en la habitación, pero no me detuve a observarla hasta ese momento. El Viejo acapara toda la atención cuanto está presente, hasta que él decide lo contrario. Observé a mi «hermana» con detenimiento, examinándola a conciencia. Créanme, merecía la pena.

Comprendí enseguida por qué había tomado la decisión de disponerlos como hermano y hermana en esta misión; así se quitaba de problemas. Un agente experimentado no tiene permitido salirse del papel asignado más de lo que un actor profesional puede alejarse de su texto. Tener que tratar a esta chica como a una hermana era toda una jugarreta.

Un cuerpo alto y esbelto, de generosas y sinuosas curvas, buenas piernas, hombros anchos para una mujer, una espesa y ondulada melena rojiza y la típica constitución craneal alargada de las pelirrojas. Su cara era más atractiva que bella. Los dientes, rectos y blancos. Además, me miraba como si fuera un filete de ternera.

Todavía no me había metido en el personaje, quería sacar las plumas y correr a su alrededor en círculos cual pavo real. Debió de notárseme.

—Basta, Sammy, no existe el incesto en la familia Cavanaugh. Fuisteis educados escrupulosamente por mi cuñada favorita. Tu hermana te

venera y tu a ella la adoras, pero de una manera saludable, clara y enfermizamente caballerosa. Como un buen chico americano.

—¿Tanto? —pregunté, sin dejar de mirar a mi «hermana».

—Más aún.

—De acuerdo. ¿Cómo estás, hermanita? Me alegro de conocerte.

Ella tendió una mano firme, que me pareció tan fuerte como la mía propia.

—¡Hola, colega! —Su voz era profunda, de contralto. Lo que me faltaba. ¡*Maldito Viejo!*

—Tengo que añadir —prosiguió el Viejo en el mismo tono amable—, que tu devoción hacia ella es tal que morirías gustosamente con tal de protegerla. No me agrada decírtelo, Sammy, pero tu hermana es en estos momentos más valiosa que tú para esta organización, al menos de momento.

—Lo capto —respondí—. Gracias por la cortés aclaración.

—Entonces, Sammy...

—Es mi hermana favorita, la protejo de los perros y los hombres extraños, ya me ha quedado claro. De acuerdo, ¿cuándo empezamos?

—Mejor pásate por Cosmética, creo que te tienen preparada una nueva cara.

—Que sea una cabeza entera. Hasta pronto. Adiós, hermanita.

No llegaron a cambiarme la cabeza, pero si me insertaron un nuevo teléfono personal bajo la nuca y lo recubrieron de cuero cabelludo. Me tiñeron el pelo de un color similar al que lucía mi recién adquirida hermana, blanquearon mi piel, y me retocaron los pómulos y el mentón. Al mirar mi reflejo en el espejo contemplé la imagen de un pelirrojo tan legítimo como mi hermanita. Intenté recordar el color natural de mi cabello, antes de entrar en la sección. Entonces me pregunté si mi hermanita era lo que parecía ser. Eso esperaba. Esos dientes... ¡quieto, Sammy, es tu hermana!

Me coloqué la ropa que me dieron, y alguien me tendió una mochila de emergencia, ya preparada. El Viejo también se había pasado por Cosmética; su cráneo estaba recubierto de unos rizos de tonalidad difusa, entre el rosa y el blanco. Le habían hecho algo en la cara, no sé exactamente el qué, pero ahora los tres mostrábamos un evidente vínculo sanguíneo y pertenecíamos a esa peculiar casta de los pelirrojos.

—Vamos, Sammy —dijo—. Hay poco tiempo. Te informaré en el coche.

Subimos por una ruta que me era desconocida y acabamos en la plataforma de lanzamiento norte, situada sobre Nuevo Brooklyn y con vistas al cráter de Manhattan.

Yo mismo conducía mientras el Viejo hablaba. Una vez estuvimos fuera del alcance de las autoridades locales, me ordenó conectar el piloto automático, en dirección a Des Moines, Iowa. Entonces me reuní con Mary y el tío Charlie en la cabina. Nos informó brevemente sobre nuestras historias personales y rellenó los huecos con algunos detalles de utilidad.

—Y aquí estamos ahora —concluyó—, una alegre reunión familiar, simples turistas. Y si nos encontráramos con algún hecho inusual, así es como nos comportaríamos, como cotillas e irresponsables turistas.

—Pero, ¿cuál es el problema? —pregunté—, ¿o esta vez nos toca improvisar?

—Bueno... posiblemente.

—Bien. Pero como siempre digo, si voy a morir me gustaría saber la causa. ¿Qué opinas, Mary?

«Mary» no respondió. Poseía esa cualidad, tan digna de elogio y tan rara en las nenas, de no hablar cuando no tenía nada que decir. El Viejo me miró de arriba abajo. No estaba decidiendo qué hacer conmigo, ya me había hecho un juicio rápido.

—Sam, ¿has oído hablar de los platillos volantes? —dijo al fin.

—¿Cómo? No, no me suena.

—¡Oh, vamos! Has estudiado historia...

—¿Se refiere a esos platillos volantes? ¿La locura de los platillos que precedió a los Desórdenes? Creí que hablaba de algo reciente y real. Aquello fue una serie de alucinaciones en masa.

—¿En serio?

—Bueno, ¿acaso no lo fueron? No he estudiado demasiado el tema de la psicología anormal ni sus estadísticas, pero creo recordar una ecuación... Aquel fue un periodo psicopático, cualquier hombre en sus cabales podía ser encerrado.

—En cambio ahora vivimos en un mundo muy cuerdo, ¿verdad?

—Bueno, no me atrevería a decir tanto. —Rebusqué en los cajones más olvidados de mi memoria y encontré la respuesta que buscaba—.



Ahora recuerdo la ecuación: la integral evaluadora de Digby para datos secundarios y de mayor orden. Dio como resultado un noventa y tres con siete por cien de posibilidades de que el mito de los platillos volantes, tras eliminar los casos explicados, fuera una mera alucinación. Lo recuerdo porque fue el primer caso de ese tipo en la historia de la ciencia en el que las muestras fueron recogidas y evaluadas sistemáticamente. Una especie de proyecto del Gobierno, solo Dios sabe para qué.

El Viejo me miró con la entrañable benevolencia que un tío brindaría a su sobrino.

—Prepárate, Sammy. Hoy vamos a inspeccionar un platillo volante auténtico. Puede que incluso cojamos un pedacito para llevárnoslo de recuerdo, como los turistas de verdad.

¿Has visto las noticias últimamente? —continuó el Viejo. Negué con la cabeza. Era una pregunta estúpida, había estado de permiso—. Hazlo de vez en cuando —sugirió—, se encuentran cosas interesantes en los informativos. No importa. Hace diecisiete horas... —echó un ojo a su reloj dactilar y añadió—: y veintidós minutos, una nave sin identificar aterrizó cerca de Grinnell, Iowa. ¿Tipo? Desconocido. ¿Origen? Desconocido, pero...

—¿No rastrearon su trayectoria? —interrumpí.

—No lo hicieron, no —respondió, haciendo una pausa entre cada palabra—. Esta es una foto de la nave, tomada por la estación espacial Beta tras el aterrizaje.

Le eché un vistazo y se la pasé a Mary. Era tan poco satisfactoria como cualquier otra telefoto tomada a ocho mil kilómetros de altura. Los árboles parecían moho, la sombra oscura de una nube cubría la mejor parte, y el círculo gris, lo supuestamente interesante, bien podría ser una nave de forma discoidal o un tanque de gasolina o de agua. Me pregunté cuántas veces habíamos bombardeado las plantas hidropónicas de Siberia confundíéndolas con instalaciones atómicas por culpa de fotos de este estilo.

Mary devolvió la fotografía.

—Para mí no es más que la carpa de un predicador. ¿Qué más sabemos? —dije.

—Nada.

—¿Nada? ¿Después de diecisiete horas? ¿Dónde están los demás agentes?

—Allí. Dos de ellos cerca del aparato y otros cuatro a cierta distancia. Ninguno responde. No me gusta perder agentes, Sammy, especialmente si no consiguen antes resultados.

Hasta entonces no me había parado a pensar por qué el mismísimo Viejo en persona se estaba arriesgando a participar en este trabajo, pues no me había parecido una misión arriesgada. De repente, pensando con frialdad, me di cuenta de que la situación debía de ser lo bastante seria para que el Viejo se jugara el cuello a costa de perder su organización. Sin él, la sección no era nada. Nadie que lo conociera dudaría de sus agallas, pero tampoco de su sentido común. El Viejo era consciente de su valor dentro de la sección, si se ponía en peligro era porque pensaba fríamente que sus habilidades eran necesarias para la misión, y que esta misión era prioritaria.

Me entró frío de repente. Normalmente, un agente tiene el deber de salvar su propio culo, con el objetivo de completar la misión y procurar el informe. En este trabajo era el Viejo quien debía regresar, y tras él, Mary. Yo era el tercero en discordia, el único prescindible del trío. No me gustaba nada esa sensación.

—Uno de los agentes envió un informe parcial —prosiguió el Viejo—. Se pasó por allí como un viandante casual e informó vía telefónica que debía de tratarse de una nave espacial, aunque no pudo determinar su motivación para realizar tal afirmación. Los informativos decían exactamente lo mismo. Entonces nos dijo que la nave se estaba abriendo y que trataría de acercarse pasando el cordón policial. Las últimas palabras que recibimos fueron: «Aquí vienen. Son pequeñas criaturas, de unos...» y la comunicación se cortó.

—¿Hombrecillos?

—La palabra concreta fue «criaturas».

—¿Informes periféricos?

—Muchos. La estación estereoscópica de Des Moines informó del aterrizaje enviando unidades móviles para cubrirlo. Las imágenes que mandaron eran bastante lejanas, tomadas desde el aire. No mostraban más que un objeto de forma discoidal. Entonces, durante alrededor de dos horas, no se recibieron ni noticias ni imágenes. La emisión se reanudó después con primeros planos e informaciones sesgadas.

El Viejo dejó de hablar.

—¿Y bien? —dije.

—Todo era un montaje. La «nave» estaba fabricada con plástico y hojalata, era un fraude. Fue construida por dos chicos de granja en los bosques cercanos a su casa. Los informes falsos se originaron a través de un reportero con más sentido del humor que buen juicio, que animó a los chicos a ayudarlo en la broma con tal de conseguir una buena historia. Ha sido despedido y la reciente «invasión del espacio exterior» ha resultado ser una broma.

—Entonces es un montaje, pero hemos perdido seis hombres. ¿Vamos a buscarlos? —prorrumpí.

—No, porque no vamos a encontrarlos. Vamos a intentar averiguar por qué la triangulación de esta fotografía —dijo sosteniendo en alto la fotografía tomada desde la estación especial Beta—, no cuadra demasiado con lo que dicen los informativos estereoscópicos, y por qué la estación emisora de Des Moines guardó silencio durante tanto rato.

Mary habló por primera vez:

—Me gustaría hablar con esos granjeros.

Conduje el coche a unos ocho kilómetros de los límites de Grinnell y comenzamos a buscar la granja McLain. Las noticias habían señalado a Vincent y George McLain como los culpables. No nos costó demasiado encontrar la granja. En un cruce de caminos destacaba un gran cartel de apariencia profesional: «Por aquí se llega a la nave». Un poco más adelante encontramos coches aparcados a ambos lados de la calzada, tanto combos como vehículos terrestres y trifibios. En un par de kioscos improvisados se dispensaban bebidas y recuerdos a la salida de la granja. Un policía estatal dirigía el tráfico.

—Aparca aquí —ordenó el Viejo—. ¿Puede que nos divirtamos, eh?

—De acuerdo, tío Charlie —convine.

El Viejo se apeó, balanceando su bastón, evidenciando solo un leve rastro de su cojera. Le tendí la mano a Mary para ayudarla a salir del coche. Al bajarse se arrimó a mí e hizo presa de mi brazo. Me miró, apañándose para parecer tan estúpida como recatada.

—Vaya, eres fuerte colega.

Me dieron ganas de darle una bofetada, pero en su lugar le dediqué una consciente sonrisa burlona. Yo era un agente del Viejo, me dio rabia verme reducido a jugar este juego.

«Tío Charlie» se dio una vuelta, enredando a los policías estatales, incitando a los otros turistas a dar su opinión sobre la situación, parándose a comprar cigarros en uno de los puestos, y, en general, dando la imagen de un viejo idiota, acomodado y senil, disfrutando de sus vacaciones. Se volvió hacia nosotros y agitó su cigarro delante de un sargento estatal.

—El inspector dice que todo esto es un fraude, queridos. Una broma de unos chicos. ¿Nos vamos?

Mary parecía contrariada.

—¿Entonces no hay nave espacial?

—Hay una nave, si quiere llamarla así—respondió el policía—. Siga a los idiotas y la encontrará. Y soy sargento, no inspector.

«Tío Charlie» le dio un cigarro a modo de disculpa y nos pusimos en marcha, a través de unos pastos y una zona boscosa. Costaba un dólar pasar la verja, y varios de los idiotas potenciales se dieron la vuelta. El sendero a través del bosque estaba desierto. Me moví con cuidado, deseando tener ojos en la nuca en lugar de un teléfono. Según el Viejo, seis agentes bajaron por este sendero y no regresaron. No quería que la cifra subiera a nueve.

Tío Charlie y mi hermanita caminaban delante. Mary parloteaba como una tonta, y me pareció menos majestuosa y más juvenil que en el trayecto hacia aquí. Al llegar a un claro nos encontramos de frente con la «nave espacial».

Medía unos trescientos metros de largo, y estaba construida a base de capas finas de metal y plástico, rociadas de aluminio. Tenía más o menos la forma de dos platos gigantes, uno cubriendo al otro. Aparte de eso, no tenía el aspecto de nada en particular.

—¡Oh, que emocionante! —chilló Mary a pesar de todo.

Un jovenzuelo, de unos dieciocho o diecinueve años, bronceado y con la cara llena de granos, asomó la cabeza por una especie de escotilla situada en lo alto de aquella monstruosidad.

—¿Quieren verla por dentro? —exclamó. Añadió que serían cincuenta centavos más por cabeza, y el tío Charlie los aflojó.

Mary dudó al llegar a la escotilla. Al de la cara de granos se le unió otro joven casi idéntico, y ambos trataron de ayudarla a bajar. Me adelanté a sus pretensiones. Mary se echó a un lado para dejarme entrar a mí primero y que la ayudara a bajar. Mis razones eran, en un noventa y nueve por ciento, de índole profesional. Aquel lugar no me daba muy buena espina.

—Está muy oscuro —dijo Mary con voz temblorosa.

—Es totalmente seguro —dijo el segundo joven—, hemos estado trayendo turistas todo el día. Soy Vincent McLain, uno de los propietarios. Vamos, señorita.

El tío Charlie echó una mirada desde lo alto de la escotilla, como una cauta gallina pendiente de sus polluelos.

—Puede que haya serpientes ahí dentro —decidió—. Mary, creo que será mejor que no entres.

—No hay nada que temer —insistió el primer McLain, señalando el interior de la nave con el dedo—. Es seguro.

—No importa, quédese el dinero, caballero —dijo el tío mirando fugazmente su reloj dactilar—. De todos modos se nos ha hecho algo tarde. Nos marchamos, queridos.

Seguí a mi familia de vuelta al sendero, bastante irritado.

Regresamos al coche y volvimos a la carretera.

—¿Y bien? ¿Qué has visto? —quiso saber el Viejo una vez en camino.

—¿Alguna duda respecto al primer informe, el que recibimos? —repliqué.

—Ninguna.

—Esa cosa del bosque no hubiera engañado a un agente, ni siquiera en la oscuridad. Esa no era la nave que vio.

—Por supuesto que no. ¿Qué más?

—¿Cuánto cree que ha costado este timo? Las láminas de metal eran nuevas, la pintura fresca y, por lo que vi a través de la escotilla, hizo falta bastante cantidad de madera para apuntalarla.

—Continúa.

—Hace años que la casa de los McLain no ha recibido una capa de pintura, ni siquiera el granero. Se ve a leguas que la propiedad está hipotecada. Si los chicos forman parte del engaño, desde luego no han pagado ellos la factura.

—Obviamente. ¿Y tú qué opinas, Mary?

—¿Notó usted cómo me trataron, tío Charlie?

—¿Quiénes? —me interesé.

—El sargento estatal y los dos chicos. Mi táctica del sexo débil funciona siempre. Esta vez no, no he recibido reacción alguna. Nada.

—Todos han sido muy atentos contigo —objeté.

—No puedes entenderlo, solo una mujer puede. Sé de lo que hablo. Algo no cuadraba, parecían estar muertos por dentro. Como los guardas eunucos de un harén, si así me entiendes.

—¿Hipnosis? —pregunto el Viejo.

—Es posible, o quizás drogas —aventuró Mary frunciendo el ceño, pensativa.

—*Hum...* —respondió el Viejo—. Sammy, gira a la izquierda en el próximo cruce. Vamos a investigar una zona situada a unos tres kilómetros de aquí.

—¿El lugar triangulado en la fotografía?

—¿Qué si no?

Pero no pudimos llegar allí. Primero, nos encontramos un puente derruido, y no disponíamos de espacio suficiente para que el coche lo saltara. Eso dejando de lado el asuntillo de las reglas de tráfico referentes al comportamiento de un combo en tierra firme. Dimos un rodeo por el sur siguiendo la única ruta disponible. Divisamos una señal para que nos diéramos la vuelta y nos detuvo un policía de tráfico y otra señal. La causa, según nos dijo, era un incendio forestal. Si continuábamos por ese camino nos encontraríamos con un grupo de gente luchando valientemente contra el fuego. Me miró y comentó que quizás debería mandarme allí a ayudar.

Mary pestañeó sutilmente para ablandar al agente. Le comentó que ni el tío Charlie ni ella sabían conducir, una doble mentira.

—¿Y este qué? —le pregunté una vez dimos la vuelta.

—¿Qué pasa con él?

—¿Otro eunuco guardando el harén?

—Oh, no, no. Un hombre muy atractivo.

La respuesta me irritó más de lo conveniente.

El Viejo desechó la idea de ir por aire y sobrevolar el lugar triangulado. Consideraba que era inútil. Tomamos el camino de

regreso a Des Moines. En lugar de aparcar en el peaje de las puertas de la ciudad, pagamos para poder meter el vehículo dentro de sus límites. Nos dirigimos entonces a la estación estereoscópica de Des Moines. «Tío Charlie» irrumpió en la oficina del director general, escoltado por sus dos queridos sobrinos. Le contó una sarta de mentiras a la secretaria del director. O tal vez era verdad que Charles M. Cavanaugh era un pez gordo de la Autoridad Federal de Comunicaciones. Quién sabe.

No abandonó su papel cuando conseguimos entrar.

—Dígame, señor, ¿qué es toda esa tontería del montaje de la nave espacial? Hable con claridad, señor, le advierto que su licencia puede depender de ello.

El director era un tipo de hombros caídos, pero no parecía cohibido, sino meramente molesto.

—Ya hemos dado una explicación a través de los medios —dijo—. Fuimos víctimas de los actos de uno de nuestros empleados. El hombre ha sido despedido y exculpado.

—No me parece una medida correcta, señor.

El hombrecillo, llamado Barnes, se encogió de hombros.

—¿Qué esperaba, que lo colgáramos de los pulgares?

El tío Charlie le señaló con su cigarro.

—Le advierto, señor, que no soy alguien con quien se pueda jugar. He estado investigando por mi cuenta y no estoy convencido de que dos catetos de granja y un presentador novato hayan podido montar todo este ridículo asunto. Hay dinero de por medio. Sí, señor, dinero. ¿Y dónde se encuentra el dinero? Aquí arriba, ¿dónde si no? Ahora dígame, ¿qué...?

Mary se había sentado cerca de la mesa de Barnes. Se retocó la ropa para mostrar más carne. En cierto modo, me recordaba a *La maja desnuda* de Goya. Bajó el pulgar, era una señal para el Viejo.

La atención de Barnes parecía centrada en el Viejo y la señal debería haberle pasado desapercibida, pero no fue así. Barnes se volvió hacia Mary con una expresión extraña en el rostro. Alargó la mano hacia el cajón de su escritorio.

—¡Sam! ¡Mátalo! —exclamó el Viejo.



Le desintegré las piernas de un disparo y su torso cayó pesadamente al suelo. Había sido un mal tiro, mi primera intención fue dispararle al estómago.

Me acerqué rápidamente y le di una patada al arma para alejarla de su alcance. Estaba a punto de darle el tiro de gracia —un hombre con esas heridas está perdido, pero tarda unos minutos en morir— cuando el Viejo gritó:

—¡No lo toques! ¡Mary, atrás!

Obedecimos. El Viejo se acercó con cuidado al cuerpo, como un gato acechando algo desconocido. Barnes regurgitó un suspiro y se quedó quieto. Fue el último, estaba muerto. Un disparo así no sangra mucho, no tanto al menos. El Viejo lo examinó cuidadosamente, tocándolo levemente con su bastón.

—Jefe —dije—, creo que es hora de largarse, ¿no cree?

—Estamos tan a salvo aquí como en cualquier parte —dijo sin levantar la vista del cadáver—. El edificio debe de estar plagado de ellos.

—¿Plagado de qué?

—¿Cómo voy a saberlo? Plagado de lo que sea esta cosa —replicó señalando el cuerpo de Barnes—. Eso es lo que tengo la intención de averiguar.

Mary emitió un sollozo ahogado, el primer gesto genuinamente femenino que le vi hacer.

—Aún respira, ¡miren! —masculló.

El cuerpo yacía boca abajo, y la chaqueta se movía como si su pecho se moviera. El Viejo miró la protuberancia y volvió a tocarla con su bastón.

—Sam, ven aquí.

Eso hice.

—Quítale la ropa —me ordenó—. Ponte los guantes y ten cuidado.

—¿Una bomba?

—Calla. Ve con cuidado.

No sé lo que esperaba encontrarse, pero debió de tener la corazonada de que se acercaba a algo. Creo que la parte baja del cerebro del Viejo contaba con una computadora integrada que llegaba a una conclusión lógica a partir de un mínimo de datos, del mismo modo

que un tipo de un museo reconstruye un animal extinto a partir de un solo hueso.

Le tomé la palabra. Primero me puse mis guantes de agente de la sección, con los que podía manipular ácido hirviendo o tocar una moneda en la oscuridad y decir si estaba de cara o de cruz. Comencé a darle la vuelta al sujeto con la intención de desvestirlo.

La espalda no paraba de moverse arriba y abajo, de una manera desagradable y nada natural. Puse la palma de mi mano entre los dos omóplatos.

La espalda de un hombre está formada por huesos y músculos. La del director era blanda como la gelatina, e igual de irregular. Aparté la mano, asqueado.

Sin mediar palabra, Mary me tendió unas elegantes tijeras sacadas del escritorio de Barnes. Las cogí y corté la chaqueta. Bajo ella, vimos que llevaba una camisa fina, casi transparente. Entre la camisa y la piel, desde el cuello hasta media espalda, había algo que no era carne. Era una protuberancia de unos pocos centímetros de espesor, y le daba al cadáver un aspecto ligeramente jorobado.

Palpitaba como una medusa.

Ante nuestros ojos, se arrastró lentamente por la columna vertebral, tratando de alejarse de nosotros. Extendí la mano para cortar la camisa e impedir que escapara, pero el bastón del Viejo me tocó la mano.

—Decídase —dije, frotándome los nudillos.

No respondió. Introdujo el extremo de su bastón por debajo de la camisa y la subió poco a poco. La cosa quedó al descubierto.

Era grisácea, ligeramente translúcida, y de una estructura oscura, sin forma. Me recordó a una hueva gigante. Estaba viva, palpitaba, temblaba y se movía. Sin que dejáramos de mirarlo, se desplazó al espacio entre el brazo y el pecho de Barnes, deteniéndose allí, incapaz de proseguir.

—Pobre diablo —dijo el Viejo con suavidad.

—¿Eh? ¿Eso?

—No, Barnes. Recuérdame que me asegure de que le concedan el Corazón Púrpura cuando esto acabe. Si es que acaba alguna vez.

El Viejo se incorporó y caminó en círculos por la habitación, como si hubiera olvidado por completo la terrible cosa gris que reposaba en el brazo de Barnes.

Me retiré un poco del cuerpo, con el arma preparada, sin dejar de mirar a la cosa. Sus movimientos no eran rápidos, era obvio que no volaba, pero desconocía sus habilidades y no iba a arriesgarme. Mary se acercó y apoyó su hombro en el mío, quizás buscando calor humano. La rodeé con mi brazo libre.

En una mesa cercana había un desordenado montón de latas de cintas estereoscópicas. El Viejo cogió una, y tiró la cinta al suelo.

—Creo que esto servirá.

Colocó la lata en el suelo, cerca de la cosa, y comenzó a azuzarla con el bastón, con el fin de irritarla lo bastante para que saltara dentro de la lata.

En vez de eso, reculó hasta colocarse casi completamente debajo del cuerpo. Agarré el brazo del hombre y le di la vuelta. La cosa se aferró al cuerpo por un momento, pero después se dejó ir, cayendo al suelo. Tras eso, y siguiendo las instrucciones del querido tío Charlie, Mary y yo usamos nuestras armas a baja potencia para chamuscar el suelo alrededor de la babosa para forzarla a entrar en la lata. Cuando lo hizo, muy justa, cerré la tapa de inmediato.

El Viejo cogió la lata y se la colocó bajo el brazo.

—Vámonos, queridos.

Al salir, se detuvo en la puerta entreabierta y murmuró una oración para Barnes. Luego, tras cerrar la puerta, se detuvo ante el escritorio de la secretaria del director.

—Veré al señor Barnes de nuevo mañana —le dijo—. No, sin cita previa, llamaré primero.

Salimos de allí a paso normal. El Viejo llevaba la lata con la cosa bajo el brazo, y yo iba con el oído alerta, esperando escuchar un grito de un momento a otro. Mary interpretó el papel de la pequeña idiota, entregada a un inacabable monólogo. El Viejo incluso se detuvo en el vestíbulo, compró un cigarro y pidió indicaciones al dependiente, en un tono autoindulgente, torpe y animado.

Una vez de vuelta al coche fue él quien me dio indicaciones, y me advirtió de que no condujera muy deprisa. Acabamos llegando a un garaje. El Viejo mandó llamar al encargado.

—El señor Malone necesita su coche, inmediatamente —le dijo.

Era una señal que yo mismo había usado a veces, pero en aquella ocasión era el señor Sheffield el que tenía prisa. Sabía que el combo

dejaría de existir en unos veinte minutos, convertido en anónimas piezas de repuesto esparcidas por los contenedores de servicio.

El encargado nos miró con cautela.

—Por esa puerta —respondió lentamente.

Mandó a los dos mecánicos de servicio a hacer unos recados y entramos a hurtadillas por la puerta.

Acabamos en el apartamento de una pareja anciana, donde nuestros cabellos pasaron a ser castaños y el Viejo recuperó su cabeza calva. Me pusieron un bigote que no me favorecía nada, y me sorprendió ver que Mary lucía igual de bien de morena que de pelirroja. El clan Cavanaugh dejó de existir. Mary se puso un elegante uniforme de enfermera y yo me enfundé uno de chófer. El Viejo se convirtió en nuestro anciano e invalido patrón, cubierto por un chal para no coger frío y cambiando constantemente de humor.

Un coche nos esperaba fuera. El viaje de vuelta se sucedió sin consecuencias, en realidad podríamos haber seguido siendo los Cavanaugh, pelo de zanahoria incluido, y no nos hubiéramos encontrado con ninguna dificultad. Puse el canal de noticias de Des Moines en la pantalla, pero si la policía había descubierto la muerte del señor Barnes, los chicos de los informativos no tenían conocimiento de ello.

Fuimos directamente a la oficina del Viejo, y allí abrimos la lata. El viejo hizo llamar al doctor Graves, el jefe del laboratorio científico de la sección, para que realizara esa tarea con los utensilios adecuados.

No teníamos que habernos molestado. Lo que necesitábamos eran máscaras de gas, no otra cosa. Un hedor a materia orgánica pútrida, similar al olor de una herida gangrenada, invadió la estancia y nos obligó a volver a colocar la tapa y a accionar los ventiladores a toda potencia. Graves arrugó la nariz.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó—. Olía a niño muerto.

El Viejo maldijo por lo bajo.

—Averiguarlo es cosa suya —le dijo—. Use los utensilios adecuados, un traje esterilizado, una estancia libre de gérmenes, y no asuma que está muerto.

—Si eso está vivo, yo soy la reina de las hadas.

—Entonces quizá lo sea, pero no se arriesgue. La única información que puedo proporcionarle es que es un parásito, capaz de acoplarse a un huésped, por ejemplo, un hombre, y controlar su cuerpo y mente. Su origen es casi con total seguridad extraterrestre, al igual que su metabolismo.

El jefe de laboratorio resopló.

—¿Un parásito extraterrestre en un huésped terrestre? ¡Ridículo! Las químicas de ambos serían incompatibles.

—¡A la mierda sus teorías! —gruñó el Viejo—. Cuando lo capturamos estaba viviendo sobre la piel de un hombre. Si eso significa que ha de ser un organismo terrestre, muéstreme dónde encaja en nuestros esquemas y dónde podemos encontrar a sus semejantes. Deje de improvisar conclusiones, quiero hechos.

El biólogo se puso tenso.

—Los tendrá.

—En marcha... Espere, no utilice más materia de la necesaria en sus investigaciones, necesitaré un buen pedazo como prueba. Y no insista en la tonta presunción de que la cosa está muerta, ese hedor pestilente puede ser solo un arma defensiva. Esa cosa, viva, es brutalmente peligrosa. Si se adhiere a alguno de los hombres de su laboratorio, no tendré otro remedio que matarlo.

El director del laboratorio no dijo nada más, gran parte de su chulería se esfumó tras las autoritarias palabras del Viejo.

El Viejo se acomodó en su silla, suspiró y cerró los ojos. Parecía estar dormido; Mary y yo permanecimos en silencio. Tras unos cinco minutos, al fin despegó los párpados, me miró, y dijo:

—¿Cuántas cosas de ese tamaño podrían traerse en una nave espacial de un tamaño similar a la de aquel timo que vimos en Iowa?

—¿Existió esa nave espacial? —pregunté—. Las pruebas no eran muy definitivas.

—No definitivas, pero totalmente inequívocas. Había una nave. Todavía la hay.

—Debimos haber examinado la zona del aterrizaje.

—Aquella zona hubiera sido lo último que examinaríamos, pues. Los otros seis chicos no eran idiotas. Responde a mi pregunta.

—No puedo. El tamaño de la nave no me dice nada respecto a su capacidad de carga, desconozco su sistema de propulsión, su recorrido,

o que carga de víveres necesitaban sus ocupantes. Es difícil hacer un cálculo a ciegas, si quiere una suposición le diría que varios cientos, quizás miles.

—*Hum...* sí. Dando por cierta esa suposición, ahora mismo, mientras hablamos, varios cientos o quizás varios miles de zombis (o guardias de harén, como dice Mary) se pasean por el estado de Iowa.

—Pensó durante un momento—. ¿Pero cómo se elude a los guardias? No podemos ir por ahí disparando a cualquier jorobado de Iowa, daría que hablar —dijo sonriendo débilmente.

—Le propondré una pregunta sin respuesta —dije yo—. Si una nave espacial aterrizó ayer en Iowa, ¿cuántas aterrizarán mañana en Dakota del Norte o en Brasil?

—Sí, ese es otro factor a tener en cuenta. —El Viejo parecía cada vez más contrariado—. Te responderé haciendo uno de tus cálculos a ciegas.

—¿Cómo?

Hizo una pausa.

—Bastantes como para preocuparse. Chicos, id a lavaros y a disfrutar un rato, puede que no volváis a gozar de otra oportunidad. No dejéis las oficinas.

Regresé a Cosmética para recuperar mi tono normal de piel y, en general, mi apariencia habitual. De paso, me administré una sesión de baño y un masaje. Algo más relajado, me presenté en la sala de empleados buscando un trago y algo de compañía. Miré a mi alrededor, sin saber si mis ojos iban a la caza de una rubia, una morena o una pelirroja, pero bastante seguro de que reconocería su cuerpo a la primera.

Pelirroja. Mary estaba en una cabina, dando sorbos a su bebida y con un aspecto casi idéntico al que tenía cuando nos presentaron como hermanos.

—Hola, hermanita —dije, colocándome junto a ella.

—Hola, colega. Pídetes algo —me dijo sonriente, y haciéndome un hueco para que me sentara.

Marqué el código del burbon con agua.

—¿Es este tu verdadero aspecto?

Negó con la cabeza.

—En absoluto, tengo rayas como una cebra, y dos cabezas. ¿Y tú?

—Mi madre me asfixió con una almohada la primera vez que me vio, así que nunca tuve ocasión de averiguarlo.

De nuevo me miró como si fuera un filete de ternera.

—Entiendo que lo hiciera, pero probablemente soy más dura que ella. Me servirás, colega.

—Gracias —repliqué—. Dejemos ese rollo de la hermanita y el colega, me resulta algo inhibitorio.

—*Hum*, te vendrían bien unas cuantas inhibiciones.

—¿A mí? En absoluto. No me va la violencia, soy inocente como un cachorrillo. Estoy abierto a todo. —Debería haber añadido que estaba seguro de que si se me hubiera ocurrido ponerle una mano encima sin su permiso, hubiera recibido un buen tapabocas. Los cachorros del Viejo no se andan con chiquitas.

Sonrió.

—¿Ah, sí? Bueno, dejemos claro que yo no estoy abierta a nada, al menos esta noche. —Soltó su vaso—. Bébete esa y pidamos otra.

Eso hicimos, y allí continuamos sentados, sintiéndonos bien y a gusto, sin preocupaciones momentáneas. No hay muchas horas así en nuestra profesión, uno aprende a saborearlas.

Una de las mejores cualidades de Mary era que no se aprovechaba de su sexo, salvo para fines profesionales. Mary sabía, estoy totalmente seguro de ello, que era un ser tremendamente sexual, pero tenía demasiada clase para usar ese poder en sociedad. Lo mantenía escondido, a un nivel bajo, para que ambos nos sintiéramos cómodos.

Allí sentados, sin hablar demasiado, me puse a pensar en lo bien que encajaría Mary en mi sala de estar. Siendo mi trabajo el que era, nunca había pensado seriamente en casarme. Después de todo, una nena es una nena, ¿para qué andarse con prisas? Pero Mary era una agente, hablar con ella no sería como hablar con una pared. Me di cuenta de que me había sentido solo durante mucho tiempo.

—Mary.

—¿Sí?

—¿Estás casada?

—¿Cómo? ¿Por qué me preguntas eso? No, no estoy casada, ¿a ti qué demonios te...? Quiero decir, ¿qué importancia tiene?

—Bueno, podría tenerla —insistí. Ella negó con la cabeza, sin entender—. Hablo en serio —continué—, mírame, tengo dos manos y dos pies. Soy bastante joven y me limpio los zapatos en el felpudo. Podrías encontrar algo peor.

Se rió, amable.

—Podrías pensar mejores modos de venderte. Estoy segura de que eso era improvisado.

—Sí, he improvisado.

—No lo usaré en tu contra. De hecho, lo olvidaré. Escucha, lobito, tu técnica está pasada de moda. Solo porque una mujer no acceda a acostarse contigo una noche no te da motivos para perder la cabeza y ofrecerle un contrato. Alguna tendría la maldad de aceptarlo.

—Lo decía en serio —insistí algo fastidiado.

—Entonces dime, ¿Cuánto cobras?

—Maldita seas. Si quieres ese tipo de contrato te seguiré el juego. Puedes quedarte con tu sueldo y te pasaré la mitad del mío... a no ser que quieras retirarte.

Negó con la cabeza.

—No lo decía en serio, nunca insistiría en la firma de un acuerdo prematrimonial, al menos no con un hombre con el que quisiera casarme realmente.

—No pensaba eso de ti.

—Solo intentaba hacerte ver que no estabas hablando en serio. —Me miró fríamente—. Aunque quizás sí —añadió con una voz cálida y suave.

—Hablabas en serio.

Volvió a negar con la cabeza.

—Los agentes no debemos casarnos, eso deberías saberlo.

—Los agentes no deberían casarse con nadie que no fuera un agente.

Comenzó a darme una respuesta a esa afirmación, pero se calló de repente. La voz del Viejo sonó en mi oído, a través de mi teléfono. Mary recibió también la misma comunicación.

—Ven a mi oficina —decía.



Los dos nos levantamos del asiento sin decir nada. Mary se detuvo junto a la puerta de salida, me puso la mano en el brazo y me miró a los ojos.

—Esta es la razón por la que no debemos hablar de matrimonio. Tenemos que terminar este trabajo. Todo lo que hemos estado hablando estaba relacionado con la misión, ambos hablábamos sobre ella.

—Yo no.

—¡No juegues conmigo! Piensa esto, Sam, imagina que estuvieras casado y encontraras una de esas cosas en el hombro de tu esposa, poseyéndola. —Había terror en sus ojos mientras hablaba—. Imagina que yo me despierto y la encuentro en tus hombros.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Y no dejaré que nada de eso se acerque a ti.

Me acarició la mejilla.

—Te creo.

Entramos en la oficina del Viejo.

—Venga, nos vamos —dijo sin apenas levantar la vista.

—¿Adónde? —pregunté—. ¿O no hago bien en preguntar?

—A la Casa Blanca. A ver al presidente. Ahora a callar.

Y eso hice.

Al comienzo de un incendio forestal o de una epidemia, se da un corto periodo de tiempo en el que un mínimo de acciones correctas pueden contener y destruir el mal. Los científicos lo expresan en ecuaciones exponenciales, pero no se necesita de las matemáticas para entenderlo, sino de un diagnóstico temprano y de una actuación decidida antes de que el asunto se vaya de las manos. El Viejo ya había pensado lo que el presidente debería hacer: declarar una emergencia nacional, aislar la zona de Des Moines, y disparar a cualquiera que intentara escapar, ya fuera un cocker spaniel o una abuelita con un plato de galletas. Después, dejarlos salir uno a uno, desnudarlos y buscar parásitos en sus espaldas. Entretanto, usar la pantalla del radar, las plataformas lanzamisiles y las estaciones espaciales para detectar y destruir cualquier nuevo aterrizaje de una nave.

Advertir al resto de naciones, incluyendo las del otro lado del telón, y pedir su ayuda sin ser demasiado maniáticos con las leyes internacionales, ya que esta era una guerra contra un invasor exterior. De momento no importaba su procedencia, ni si venían de Marte, Venus, los satélites de Júpiter o de fuera del Sistema. Lo prioritario era rechazar la invasión.

El Viejo lo había destapado todo. Analizó el caso y encontró las respuestas adecuadas en menos de veinticuatro horas. Su destacable habilidad era la de razonar lógicamente a partir de hechos tan difíciles de creer y tan poco familiares como este, con la misma facilidad que si fueran situaciones más cotidianas. No parece tener mucho mérito,

¿verdad? Pues lo tiene. Nunca he conocido a nadie capaz de hacerlo con tal eficiencia. La mayoría de las mentes se quedan petrificadas ante hechos que desafíen sus creencias básicas. Los estirados y sabihondos deciden parar de pensar justo después de decir «no me lo puedo creer».

El Viejo no, y ahora el presidente estaba dispuesto a escucharle.

Los guardias del servicio secreto nos registraron a conciencia. El detector emitió un zumbido y tuve que entregar mi arma. Mary resultó ser un arsenal andante. A su paso, el detector sonó cuatro veces y luego hipó, aunque podría haber jurado que bajo la ropa que llevaba no cabría ni un tique de compra. El Viejo entregó su bastón sin esperar a que nadie se lo pidiera, me dio la impresión de que no quería que se lo pasaran por los rayos x. Tanto los rayos x como el detector de metales sacaron a relucir nuestras cápsulas telefónicas, pero los guardias no estaban equipados para hacer operaciones quirúrgicas. Se sostuvo una apresurada reunión con el secretario presidencial, en la que el jefe de seguridad decidió que algo situado bajo la piel no necesariamente podía considerarse un arma potencial.

Nos marcaron, fotografiaron nuestras retinas, y nos metieron a toda prisa en una sala de espera. El Viejo entró enseguida a ver al presidente, a solas.

—Me pregunto para qué hemos venido —le comenté a Mary—. El Viejo sabe tanto del tema como nosotros.

No me respondió, así que ocupé mi mente en analizar los fallos de seguridad en el entorno del presidente. Al otro lado del telón hacen mucho mejor esas cosas, cualquier asesino con un poco de talento se hubiera desecho de los guardias con facilidad. Me sentí indignado.

Pasado un rato, nos hicieron entrar. Mi paso era renqueante a causa del miedo escénico. El Viejo nos presentó y comencé a tartamudear. Mary se limitó a hacer una reverencia.

El presidente comentó que estaba contento de vernos y sonrió, con esa sonrisa suya famosa por las emisiones estereoscópicas. Nos creímos realmente que se alegraba de contar con nuestra presencia, un calor invadió mi cuerpo y dejé de sentirme incómodo.

Y dejé de estar preocupado. El presidente, con la ayuda del Viejo, tomaría las medidas oportunas y ese horror que habíamos presenciado sería barrido del planeta.

El Viejo me ordenó informar de todo lo que había hecho, visto y oído sobre el asunto. Lo hice, breve pero concisamente. Intenté dejar clara la parte de la muerte de Barnes, dejando de lado el hecho de que el Viejo ordenó el disparo y aclarando que disparé para proteger a otro agente, a Mary, cuando vi a Barnes buscar su arma. El Viejo me interrumpió.

—Que tu informe sea completo.

Así que, finalmente, añadí el hecho de que el Viejo ordenó el disparo. El presidente miró fugazmente al Viejo tras la corrección, y esa fue la única expresión que le vi hacer. Continué con el tema de los parásitos, desde entonces hasta el momento presente, sin que nadie me interrumpiera en ningún momento.

Entonces fue el turno de Mary. Se hizo un pequeño lío intentando explicarle por qué esperaba cierto tipo de respuesta de hombres normales como los hermanos McLain, el sargento estatal o Barnes. El presidente la ayudó, sonriendo cálidamente, arreglándoselas para hacer una inclinación sin levantarse.

—Mi querida señorita, la creo —dijo.

Mary se ruborizó, y continuó su perorata. El presidente escuchaba atentamente, esperando a que acabara. Hizo un par de preguntas, y luego se quedó sentado en silencio durante unos minutos, transcurridos los cuales levantó la vista.

—Andrew —dijo, dirigiéndose al Viejo—, su sección ha sido muy valiosa. Al menos en dos ocasiones, sus informes han sido cruciales para inclinar la balanza de la historia de esta nación.

—Eso es un no, ¿verdad? —espetó el Viejo.

—No he dicho tal cosa.

—Estaba a punto de hacerlo.

El presidente se encogió de hombros.

—Iba a sugerir que los jóvenes se retiraran, pero ya no importa. Andrew, es usted un genio, pero incluso los genios se equivocan. Trabajan demasiado y pierden el norte. No soy un genio, pero hace cuarenta años aprendí a relajarme. ¿Desde cuándo no tiene unas vacaciones?

—¡A la mierda sus vacaciones! Mire, Tom, me esperaba esto, por eso he traído testigos. No están ni drogados ni adoctrinados. Llame a su equipo médico, intente reventar sus testimonios.

El presidente negó con la cabeza.

—Le conozco, Andrew. No traería testigos fáciles de derrumbar. Estoy seguro de que usted es más astuto que cualquier persona que yo trajera para ponerlos a prueba. Fíjese en este joven, dispuesto a exponerse a cargos de asesinato con tal de protegerle. Usted inspira lealtad, Andrew. Respecto a la joven, no puedo empezar una guerra solo por la intuición de una mujer.

Mary dio un paso adelante.

—Señor presidente —dijo con total honestidad—, lo sé. Siempre lo sé. No puedo decirle cómo he llegado a esa conclusión, pero esos hombres no eran normales.

El presidente dudó.

—No se lo discuto. Pero no ha considerado una explicación obvia, ¿y si realmente eran... «guardias de harén»? Perdóneme, señorita. Ese tipo de desfavorecidos existen entre nuestra población. Por una burla de las leyes de la probabilidad, se encontró con cuatro el mismo día.

Mary cerró el pico. El Viejo no.

—Maldita sea, Tom. —Me estremecí; no se le habla así a un presidente—. Le conocí cuando era un investigador en el Senado, y fui hombre clave en sus investigaciones. Sabe que no le vendría con este cuento de hadas si no hubiera forma de explicarlo, los hechos no pueden ser ignorados. Esos seres han de ser destruidos, hay que afrontarlo. ¿Qué pasa con la nave espacial? ¿Qué venía dentro? ¿Por qué ni siquiera yo pude llegar al lugar donde aterrizó? —interrogó, sacando la fotografía de la estación espacial Beta y poniéndosela al presidente en las narices.

No pareció sorprendido.

—Ah, sí, hechos. Andrew, usted y yo tenemos pasión por los hechos. Dispongo de otras fuentes de información además de su sección. Por ejemplo, cuento con datos al respecto de esta fotografía, a la que tanta importancia le dio en su llamada. He hecho averiguaciones. Los límites de la propiedad de los McLain, tal como están recogidos en la Corte del condado, cuadran con la triangulación del objeto de la fotografía tanto

en longitud como en latitud. —El presidente levantó la vista—. En una ocasión giré una calle antes de lo debido y me perdí en mi propio barrio. Usted ni siquiera estaba en su barrio, Andrew.

—Tom...

—¿Sí, Andrew?

—No ha ido a Iowa a mirar personalmente esos mapas, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Gracias a Dios, porque si lo hubiera hecho ahora llevaría kilo y medio de tapioca palpitante colgando de los hombros, y Dios tendría que apiadarse de los Estados Unidos. Puede estar seguro de ello, tanto el empleado de la Corte del condado, como el agente que envió allí están ahora infectados por el parásito —dijo el Viejo, y dirigió la vista a un punto indeterminado del techo—. Sí, y el jefe de policía de Des Moines, los editores de los periódicos locales, los burócratas, los policías, y todas las personas en puestos clave. Tom, no sé a lo que nos enfrentamos, pero ellos sí saben lo que somos nosotros, y están atacando al nervio de nuestra infraestructura social antes de que la verdad llegue a su destino. Sustituyen los informes verdaderos por otros falsos, tal como hicieron con Barnes. Señor presidente, debe ordenar una inmediata y drástica cuarentena de toda la zona. ¡No hay otra esperanza!

—Barnes —repitió el presidente suavemente, como si no hubiera oído nada más—. Andrew, esperaba ahorrarte esto, pero... —Se incorporó y pulsó una tecla de su mesa—. Póngame con la estación estereoscópica WDES, Des Moines, conécteme enseguida con la oficina del director general.

Poco después, una pantalla se encendió en el escritorio. Al pulsar otra tecla, otra pantalla se iluminó en la pared. Ante nosotros, apareció la imagen de la misma estancia en la que estuvimos tan solo unas horas antes.

Sentado en ella estaba un hombre que cubría gran parte de la pantalla. El propio Barnes.

O su gemelo. Cuando mato a un hombre, espero que siga muerto. Me impresionó verlo en la pantalla, pero no dejé de creer en mí mismo ni en mi arma.

—¿Ha preguntado por mí, señor presidente? —dijo el hombre en la pantalla, sonando algo atontando ante tal honor.

—Sí, gracias, señor Barnes. ¿Reconoce a alguna de estas personas? Parecía sorprendido.

—Me temo que no, señor. No los he visto en mi vida.

El Viejo interrumpió.

—Dígale que llame a sus empleados de la oficina.

El presidente le miró, interrogante, mas atendió su petición. «Barnes» se mostró extrañado pero accedió. Pronto fueron desfilando por la pantalla. En su mayoría eran chicas, y entre ellas reconocí a la secretaria que se sentaba junto a la puerta del director.

—¡Oh, es el presidente! —gritó una de ellas, y las demás comenzaron también a armar un escándalo.

Nadie nos identificó, lo que era normal en mi caso y el del Viejo, pero la apariencia de Mary era idéntica a cuando estuvo en la oficina, y apuesto a que ninguna mujer olvidaría haberla visto.

Yo sí aprecié algo en todas aquellas personas: sus hombros estaban cargados hacia delante.

El presidente nos acompañó a la salida, sin ninguna acritud.

—En serio, Andrew, tómese esas vacaciones —le dijo poniéndole una mano en el hombro y dedicándole su famosa sonrisa—. La república no va a desmoronarse en su ausencia, yo me encargaré de todo hasta que vuelva.

Diez minutos después, estábamos a merced del viento en la plataforma de lanzamiento de Rock Creek. El Viejo parecía empequeñecido y, por primera vez, realmente viejo.

—¿Ahora qué, jefe?

—¿Qué? Vosotros nada. Tenéis permiso hasta nueva orden.

—Me gustaría echar otro vistazo a la oficina de Barnes.

—No te acerques a ese lugar. Manteneos lejos de Iowa, es una orden.

—*Hum*, ¿Qué va a hacer usted? Si puedo preguntar.

—Ya has oído al presidente, ¿verdad? Voy a irme a Florida a tirarme al sol y esperar que el mundo se vaya al garete. Si tienes algo de sentido común, harás lo mismo. Queda muy poco tiempo.

Se enderezó y se alejó. Me volví para hablar con Mary, pero ya no estaba. El consejo del Viejo era muy bueno, o eso me pareció entonces,

y pensé que esperar el fin del mundo no era algo tan malo si la tenía a ella a mi lado.

Miré a mi alrededor, pero no conseguí verla. Di una carrera para alcanzar de nuevo al Viejo.

—Disculpe, jefe, ¿adónde ha ido Mary?

—¿Qué? De permiso, sin duda. No me molestes.

Consideré la idea de rastrearla usando el circuito de comunicaciones de la sección, pero recordé que no sabía su verdadero nombre, ni su código, ni su número de identidad. Pensé sacárselo a alguien, simplemente describiendo como era, pero me pareció una estupidez. Solo en los archivos de Cosmética se puede encontrar la verdadera apariencia de un agente, y no iban a enseñármelos. Lo único que sabía de ella era que había aparecido dos veces de pelirroja, y al menos en una de esas ocasiones fue por decisión propia. Mary era una de esas razones por las que los hombres luchan en las guerras.

Incapaz de encontrar una solución al enigma, busqué una habitación para pasar la noche. Una vez instalado en ella, me pregunté por qué no había abandonado la capital y regresado a mi propio apartamento. Después me pregunté si la rubia seguiría en él. ¿Quién era aquella rubia realmente? Es más, ¿a quién le importaba? Finalmente, decidí intentar dormir.